

CATALUÑA

Servicio civil

La nota que he podido leer es muy escueta y no da detalles, pero creo que se trata de una buena iniciativa. La consejera de Enseñanza, Irene Rigau, propone un programa para el curso que viene por el que los alumnos de 3º y 4º de ESO, de 150 institutos, participarán en actividades de "servicio comunitario". Entiende la consejera que es una forma de promover la "competencia ciudadana y social". (Reconozco que lo de "competencia ciudadana" suena un poco raro, pero me consta que ese es el término que ahora priva en pedagogía: no se trata de educar a los alumnos, sino de que sean competentes en una serie de cosas, incluida, en este caso, la condición de ciudadanos).

Hecha esta salvedad, me parece una buena idea instar a los alumnos a que hagan una especie de servicio civil como una de las maneras de educar a la ciudadanía. Cuando Aristóteles disertaba sobre la ética y las virtudes, ya puso de relieve que estas no se aprenden como el resto de asignaturas teóricas —la geometría o la matemática—, sino en la práctica, ejerciéndolas y a partir del ejercicio y el ejemplo de otros. La manera más eficaz de educar en



VICTORIA CAMPS

Rigau ha hecho uso de las competencias que le deja la LOMCE para introducir una nueva educación para la ciudadanía

la igualdad, en la solidaridad o en el respeto a los demás, la mejor manera de dar a entender en qué consiste cooperar con la comunidad en que uno vive, es poniendo a los adolescentes ante realidades en que las desigualdades son flagrantes y las necesidades penitentes.

Es ahí donde surge espontáneamente ese sentimiento llamado compasión que provoca reacciones de apoyo, de solidaridad y

respeto. Estamos acostumbrados a que sean imágenes televisivas las que nos ponen en contacto con las situaciones más aberrantes y con la miseria extrema. Pero las imágenes suelen serlo de una realidad lejana, que no suscita mucho más que una emoción superficial y pasajera de incomodidad y tristeza, en el mejor de los casos. Nada parecido al contacto directo con algo que está reclamando atención y ayuda.

El ministro Wert acaba de eliminar la asignatura Educación para la Ciudadanía precisamente ahora que estábamos de acuerdo en que esta era la mejor manera de introducir la educación moral en las escuelas, una educación laica y válida para todos. La respuesta de la consejera Rigau es un aplauso. Ha hecho uso de las exiguas competencias que deja en sus manos la LOMCE y ha burlado la rectificación ministerial introduciendo una educación para la ciudadanía con otro nombre.

La empresa tiene sus dificultades, pues existe el peligro de que el trabajo comunitario se convierta en una nueva rutina destinada únicamente a conseguir una nota que mejore fácilmente el expediente del alumno, sin que arra-

gue en él el valor de lo que está haciendo. Debería tratarse de inculcar en los más jóvenes la afición al voluntariado, algo que en los países anglosajones es habitual y bien valorado por el conjunto de la sociedad. Y de conectarlos con el mundo geográficamente más próximo. Los municipios pueden tener un papel activo y positivo en el reclutamiento de voluntarios para servicios necesarios en la comunidad.

Por mucho que nos creamos que el camino hacia una mayor equidad empieza por sostener una escuela pública de calidad, y aunque tenemos un sistema educativo que no es del todo público pero que cumple bastante bien con el cometido de garantizar la educación a todos, la realidad es que las diferencias sociales y culturales no desaparecen tan fácilmente, y que los alumnos que proceden de los sectores más favorecidos de la sociedad no llegan a mezclarse con los social y culturalmente menos capacitados. Solo la educación superior consigue nivelar a los que llegan a ese nivel que, en nuestro país, tiene aún una demanda escasa si nos comparamos con el resto de Europa.

El voluntariado social no mezcla nada, simplemente desplaza a

los voluntarios a realidades desconocidas, pero esa salida de lo habitual y encuentro con lo extraño es imprescindible para la formación ciudadana. Los servicios sociales que requieren voluntarios suelen responder a necesidades urgentes, muchas de ellas desatendidas por la Administración pública. Las ONGs tienen, en principio, esa función: la de llamar la atención sobre fenómenos que están pidiendo a gritos que alguien se fije en ellos, sobre todo cuando los recursos son más escasos.

Para que la iniciativa cumpla su cometido hay que procurar que no quede desvirtuado desde el principio el sentido del voluntariado social. Sería bueno que se tratara efectivamente de una opción voluntaria y no obligatoria, una opción estimulada por los centros escolares, pero que el alumno pueda escoger libremente. Toda educación ética, y la de la ciudadanía lo es, tiene que ver con la formación de la voluntad. En segundo lugar, no está de más, dado el alto nivel de desempleo, enseñar que no solo el trabajo remunerado es digno, sino que, por el contrario, es casi un imperativo ciudadano encontrar tiempo para trabajar por algo más que el fin de obtener un sueldo. Otra vez, algo que solo se enseña con el ejemplo y la práctica.

Victoria Camps es profesora emérita de la UAB.

El mismo método, opciones contrarias

Un mes y medio después de asomarse al precipicio en las elecciones europeas, el socialismo español se ha dado un nuevo líder. Además de perder aparatosamente esas elecciones, el PSOE vio aterrizado el 25 de mayo cómo allí donde desde hace décadas vegetaba anquilosada una izquierda antigua que no le significaba amenaza electoral alguna crecía de golpe con enorme vitalidad una competencia totalmente nueva, joven, que pretendía recomponer el mapa de la izquierda. Y que, desacomplejada, aspiraba nada menos que a disputarle la hegemonía en ella.

La respuesta a este reto ha constituido una novedad en la historia del partido. La dirección derrotada dio un rápido paso atrás y, por primera vez, el líder de los socialistas españoles ha sido elegido por el sufragio universal, libre, directo y secreto de sus afiliados en una competición abierta en la que concurrían otros dos aspirantes. Pedro Sánchez, el diputado madrileño que el domingo se ganó de este modo la primera secretaría del PSOE, dispone por lo tanto de una legitimidad inédita, además de enorme, para dirigir el partido. Nadie sabe cómo la utilizará. Todo son expectativas.

No es que sus antecesores en el cargo no tuvieran legitimidad, es que era de otro tipo. Era fruto de numerosas mediaciones. Era el resultado de unos procesos de debate y negociación interna, entre barones territoriales, exdirigentes, personalidades influyentes por los cargos públicos que ocupan, etcétera. Por ejemplo, es sabido que uno de los factores decisivos a favor de Alfredo Pérez Rubalcaba frente a Carme Cha-



ENRIC COMPANY

Mientras el PSOE apuesta por un líder nuevo y desconocido, el PSC lo hace por un veterano de todas las batallas del socialismo

cón en el congreso de Sevilla fue la influencia de Felipe González en la federación andaluza, puesta en juego a última hora a través del teléfono. Bien, fuera más o menos decisiva, lo cierto es que eso ha terminado siquiera como posibilidad. Había muchos intermediarios, con sus correspondientes tendencias ideológicas y políticas, sus cotas de poder, intereses, etcétera. A partir de este 2014, en el PSOE el líder lo eligen las bases directamente y, por lo tanto, la influencia de los dirigentes ya no es la que era.

Que no sea lo que era no significa que haya desaparecido, desde luego. Ahí está el pascillo que ayer se marcó la presidenta del PSOE de Andalucía, Susana Díaz, con el propio Sánchez ante fotógrafos y cámaras de televisión, por si cupieran dudas sobre el pe-

so y la influencia que, en todo caso, tiene una organización territorial que cuenta con una cuarta parte de los afiliados. Pero, pese a todo, lo cierto es que Sánchez no le debe el cargo a nadie más que a los 125.000 militantes que le han votado. A nadie más.

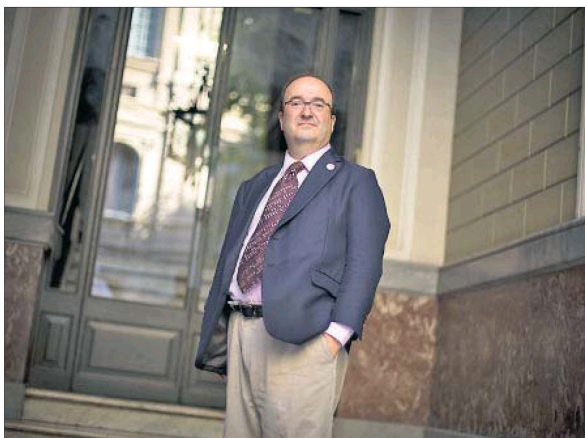
Puede que esto no baste, sin embargo, para sacar al PSOE del atolladero. Un líder nuevo, surgido mediante un procedimiento nuevo, no ha sido, en esta ocasión, garantía de propuestas nuevas. La juventud del elegido, su fotogenia, ese aire de producto de la España aseada, escolarizada, deportista, no van acompañados en su caso de propuestas políticas originales. La reivindicación del espacio y la trayectoria de una izquierda reformista y con voluntad de gobierno no es poco, pero no está muy claro que a estas alturas sea suficiente para recuperar lo perdido tras lustros de desgaste debido, precisamente, a un exceso de *realpolitik*.

Si lo más destacable en Pedro Sánchez es la novedad, la ausencia de responsabilidades políticas relevantes en el pasado reciente que ahora pudieran lastrarle, la renovación emprendida por el PSOE ha tenido un llamativo contraste en la elección del primer secretario del PSC. El mismo día y con el mismo método rigurosamente nuevo, los socialistas catalanes han elegido como lí-

der a uno de sus más viejos dirigentes. No por edad, desde luego, sino por justamente lo contrario que se supone que da lustre a Pedro Sánchez. Por haber sido arte y parte, las más de las veces decisiva, en todas las batallas del partido que han culminado en la aguda crisis política que le desangra desde 2010. Hace ya muchos años, dos décadas, que Iceta fue acertadamente descrito por Luis Mañri como el perejil de todas las salsas en las batallas del PSC.

Mismo método, opción distinta, incluso contrapuesta. ¿Cuál de las dos resultará acertada? El hecho de que ninguno de los dos nuevos líderes se haya atrevido en sus respectivas campañas a postularse ya como futuro candidato electoral de sus partidos ilustra acerca de sus inseguridades, pero también de sus urgencias, ya que no se sabe si de sus prioridades. La urgencia de Iceta es detener la sangría que amenaza con dejar reducido al PSC a unos pocos feudos municipales, recomponer la unidad interna y electoral rota por la tensión nacionalista.

En su caso, es probable que la experiencia, el hecho de ser uno de los viejos del lugar, sea útil, positivo. Hay mucho encaje de bolillos a tejer para evitar la desnaturalización del PSC e Iceta es, sobre todo, eso, un negociador que conoce perfectamente la leza que le toca adornar para que luzca de nuevo como antaño. Luego vendrán los demás problemas, pero si no soluciona este, si no consigue evitar que se pueda seguir siendo socialista y catalanista por los mismos motivos y en el mismo partido, como era Joan Reventós, tampoco podrá resolver los demás.



Miquel Iceta, primer secretario del PSC. / JOAN SÁNCHEZ